



TERTIUS ORDO REGULARIS SANCTI FRANCISCI MINISTER GENERALIS

Prot. No. 64/2026

Roma, 24 de mayo de 2026

Carta del Ministro General
y del Consejo General de la Orden
a todos los Hermanos y Hermanas
de la Tercera Orden Regular de San Francisco de Asís
con motivo de la Solemnidad de Pentecostés 2026

DEJARSE GUIAR POR EL ESPÍRITU SANTO, COMO SAN FRANCISCO

*El viento sopla donde quiere, y tú oyes su silbido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va.
Lo mismo le sucede al que ha nacido del Espíritu (Jn 3,8).*

Queridos hermanos y hermanas de la TOR,

¡El Espíritu del Resucitado les dé la paz!

El don del Espíritu Santo a los discípulos de Jesús que celebramos en esta fiesta de Pentecostés marca el cumplimiento de la promesa del Señor de no dejarnos huérfanos (cf. Jn 14,15-21.25-26) después de haber cumplido su misión salvífica y ascender al Padre. Al mismo tiempo, marca el inicio de algo nuevo en el plan de salvación: la presencia activa del Espíritu divino en el corazón de cada creyente y en la Iglesia (cf. Hch 2, 1-41), comunidad de fe, para habilitarnos como discípulos y testigos del Resucitado. Como explicó San Juan Pablo II:

Con el envío de este Espíritu « a nuestros corazones » comienza a cumplirse lo que « la creación desea vivamente », como leemos en la *Carta a los Romanos*. [...] A costa de la Cruz redentora y por la fuerza de todo el misterio pascual de Jesucristo, el Espíritu Santo viene para quedarse *desde el día de Pentecostés* con los Apóstoles, para estar con la Iglesia y en la Iglesia y, por medio de ella, en el mundo. De este modo *se realiza* definitivamente aquel *nuevo inicio* de la comunicación de Dios uno y trino en el Espíritu Santo por obra de Jesucristo, Redentor del Hombre y del mundo¹.

Siendo el mismo Espíritu de Dios, se trata de un don de incalculable valor y, al mismo tiempo, de gran potencial y exigencia, pues hace posible nuestra participación en la vida divina, desde el día de nuestro Bautismo y a través de la Confirmación y los demás sacramentos de vida nueva, especialmente en la Eucaristía. Esta comunión vital es personal y comunitaria a la vez, es intimísima pero no intimista; es el *Paráclito* que nos acompaña en todo momento para aconsejarnos y animarnos en el seguimiento de Jesús y en la misión evangelizadora, especialmente en los momentos de prueba y dificultad (cf. Jn 14,15-26).

¹ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Dominum et Vivificantem*, sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo (18 de mayo de 1986), 14.



Los tiempos que estamos viviendo como sociedad e Iglesia, y, particularmente como Orden religiosa, también nos presentan desafíos y oportunidades que no debemos ignorar si queremos ser fieles al mandato misionero de Jesús: “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” (Mt 28, 19-20).

La novedad constante y desafiante del Espíritu

Como base para la reflexión de esta carta a la Orden, quisiera partir de un texto del Evangelio por demás sugestivo: el diálogo de Jesús y Nicodemo, maestro de la ley judía que se sintió atraído a Jesús a causa de los “signos” que hacía y que por ello buscó un encuentro personal con él, aunque lo hizo de noche, tal vez por temor a ser considerado su discípulo (cf. Jn 3,1-21). En particular, quisiera enfocarme en una de las respuestas del Maestro a Nicodemo relativa a la necesidad de nacer de nuevo desde arriba, mediante el Espíritu: “El viento sopla donde quiere, y tú oyes su silbido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Lo mismo le sucede al que ha nacido del Espíritu” (Jn 3,8).

En este diálogo Jesús invita a Nicodemo, con cada frase y en el estilo propio del cuarto evangelista, a mirar mucho más alto y profundo en la experiencia y conocimiento de Dios. La frase citada anteriormente usa elementos naturales –el viento y su silbido– como figuras del carácter impredecible de la acción del Espíritu Santo en quienes han nacido de él y –podríamos deducir de dichas figuras– se dejan guiar por él. Se trata de un nacimiento verdadero y de mucho más grande valor que el nacer “de la carne”. Si bien aquí Jesús se refiere figurativamente al bautismo, también resaltan los elementos de novedad, libertad e impredecibilidad atribuidas a la acción del Espíritu en los creyentes: “no sabes de dónde viene ni adónde va”.

Estas palabras de Jesús nos invitan a tener una real apertura a la acción novedosa del Espíritu, con el debido discernimiento, pero con una real confianza y docilidad a las mociones del Paráclito, anunciado por Jesús y donado a sus discípulos como fruto de su Resurrección. Estas actitudes solo son posibles cuando hay una verdadera disposición a dejarse iluminar y guiar por dicho Espíritu, más allá de meros cálculos humanos e intereses personales o comunitarios de autoafirmación o preservación, de búsqueda de comodidad o humana aceptación.

Los primeros obstáculos pueden ser nuestra cerrazón personal a la novedad del reino de Dios, especialmente la que nos desarma o pone en cuestión aspectos que con frecuencia consideramos intocables, pero que en realidad son expresiones transitorias de valores que en el mejor de los casos son perdurables, pero que con frecuencia son también secundarios y perecederos. No se trata de reducir nuestra vida consagrada a una versión *light*. Al contrario, los caminos del Espíritu suelen ser más exigentes en cuanto a discernimiento y actuación, pues él nos impulsa a una constante renovación del corazón y de la vida, incluyendo algunas mentalidades, costumbres y prácticas.

El Espíritu de Jesús busca canales abiertos que dejen fluir el agua viva de la fidelidad evangélica para recrear la experiencia del amor verdadero a Cristo en una sociedad en que muchos parecen prescindir de Dios. El Espíritu busca instrumentos audaces del amor de unos a otros al estilo de Jesús, sobre todo en nuestro mundo en el que parece reinar el individualismo mientras que muchos hermanos y hermanas llevan en su cuerpo y en su espíritu las huellas del dolor, la enfermedad, la injusticia, la opresión, el abandono y diversas formas de abuso o exclusión.



En este sentido, nuestra Regla nos exhorta así: “Hagan siempre en sí mismos habitación y morada a Aquel que es el Señor Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, de tal manera que crezcan en el amor universal con corazón indiviso, convirtiéndose continuamente a Dios y al prójimo” (Regla TOR, 8).

En la medida que cerremos las puertas al Espíritu en nuestro corazón, en nuestras fraternidades y apostolados, perderemos la capacidad de testimoniar el amor a Dios, a los hermanos y hermanas de fraternidad, y a quienes encontramos por los caminos de la vida. En esa medida dejaremos de ser significativos para el mundo y no seremos más una opción de vida por la que valga dejarlo todo, pues Cristo no será el centro de nuestras fraternidades. Y el Espíritu seguirá llamando y entrará donde encuentre las puertas abiertas, la docilidad y el arrojo de reinventar las formas y la gramática con la que conjugamos el perenne mensaje del Evangelio. Habrá otros espacios eclesiales que sean más favorables a la experiencia de Cristo y de la fraternidad evangélica, y que sean, por ello, más atractivos a quienes se atreven a vivir esa experiencia.

La docilidad al Espíritu genera vida

En su libro-entrevista *Un futuro sin números y sin muros. Conversación sobre la vida consagrada*, el Card. Ángel Fernández Artime, SDB, Pro-Prefecto del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, señala lo siguiente, entre otras cosas, sobre el tema de las vocaciones a la vida consagrada:

Afirmo con profunda convicción que el Señor llama, que en su Espíritu continúa llamando y seguirá llamando en los años y decenios que vienen. Pero lo hará siempre en un modo totalmente extraño a nuestros programas y a nuestros planes estratégicos. Alguno podría objetar recordándome que el mismo Señor nos ha dicho que pidamos a tiempo y a destiempo. Y no podría estar más de acuerdo. Ciertamente sí. Pero es necesario que lo que pidamos sea puro, justo y que nazca de un corazón realmente entregado.

En otras palabras, vivir la vida consagrada como “Expropiados para amar”, al servicio de la misión, significa asumir que la realidad que vendrá se presentará con números diversos, con muros, casas y centros diversos, y quizá –¿por qué no pensarlo– en la forma de un “pequeño resto de Israel”. Puede ser que sea así, porque ¿dónde está escrito que la vida consagrada, en todas las formas que conocemos hasta hoy, tenga que ser multitudinaria?²

Para continuar nuestra reflexión, recordemos un relato narrado en el libro de los Hechos de los Apóstoles que ejemplifica la manera novedosa y libre de actuar del Espíritu: el encuentro inesperado del diácono Felipe con el etíope eunuco que “había ido a Jerusalén para adorar a Dios y regresaba sentado en su carro, mientras leía al profeta Isaías” (cf. Hch 8, 26-40). Este relato indica desde su inicio y en diversos momentos la intervención directa y directiva del Señor, indicando a Felipe el camino que había de tomar para acercarse al carro del etíope, hasta que el mismo “Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y el eunuco ya no lo vio más”. El Espíritu dio al diácono la oportunidad insospechada de evangelizar y bautizar a este “funcionario de alto rango” en condiciones por demás casuales.

La docilidad al Espíritu y la intervención atenta de Felipe hacen posible la experiencia transformadora del encuentro del etíope devoto con el Cristo anunciado por el profeta Isaías y su sucesivo bautismo al lado del camino, es decir, su nacimiento “del agua y del Espíritu”. El

² A. FERNÁNDEZ ARTIME con G. COSTA, *Un futuro senza numeri e senza mura. Conversazione sulla vita consacrata*, San Paolo, Milano, 2026, p. 155-156, trad. nuestra.



efecto de esta experiencia de fe en el etíope es neto: retoma su camino “lleno de alegría” (Hch 8,39), mientras que Felipe prosigue anunciando la Buena Noticia por diversas ciudades.

Algunos espacios de escucha común al Espíritu

Algunas experiencias recientes en la Orden, que ya había yo anunciado brevemente en la carta anterior, han querido ser espacios de escucha atenta al Espíritu del Señor ante los retos y posibilidades que algunos de nuestros hermanos y hermanas están viviendo, espacios de sinodalidad. Así por ejemplo, el encuentro de la Conferencia Interprovincial Europea que se realizó del 6 al 10 del pasado mes de abril en Benigánim (Valencia, España) y que fue una valiosa oportunidad para que los representantes de las Provincias Europeas se conocieran más, reflexionaran juntos sobre el presente y el futuro de sus entidades, y buscaran caminos de colaboración ante los retos comunes. Los temas que abordamos incluyeron: la pastoral juvenil y vocacional, la formación inicial y permanente, y la atención a los frailes ancianos y enfermos.

Otra experiencia de este tipo es el camino de diálogo y acercamiento que han seguido en los últimos meses la Provincia del Sagrado Corazón de Jesús y la Provincia de la Inmaculada Concepción de EUA. Han seguido un proceso de búsqueda de una mayor colaboración y hasta de una posible integración. Independientemente del resultado final del proceso, el camino recorrido ha querido ser también un espacio de reflexión y discernimiento común que refleja una disposición de apertura y escucha al Espíritu del Señor, quien nos inspira y fortalece para emprender los caminos siempre nuevos del Evangelio.

Recordemos cómo nos exhorta nuestra Regla, desde la intuición misma de san Francisco: “Aplíquense todos los hermanos y las hermanas a lo que por encima de todo deben anhelar: tener el Espíritu del Señor y su santa operación” (Regla TOR, 32).

La experiencia del gran Centenario franciscano ha sido también un espacio de diálogo, discernimiento y colaboración a nivel de la Conferencia de Ministros Generales de la Familia Franciscana y seguramente en otros niveles: tanto en las Conferencias nacionales de la Familia Franciscana, como en cada entidad de la Orden, en las comunidades parroquiales y en muchas de nuestras instituciones educativas que se han empeñado en reflexionar, compartir y celebrar el tesoro espiritual de cada año del Centenario. Nos hemos empeñado en hacer viva la herencia evangélica del hermano penitente de Asís, hombre que supo acoger los dones de la paz de Cristo y la fraternidad para contagiarlos con una alegría auténtica que surgía de la pobreza que libera y enriquece de verdad.

En este Año Jubilar de San Francisco, concedido por el Papa León XIV, abramos de verdad las puertas de nuestro corazón y de nuestras fraternidades al Espíritu del Señor de modo que sea un tiempo de gracia y renovación evangélica, no sólo de conmemoración. Como nos urge nuestra Regla: “Los hermanos y las hermanas, conformándose totalmente al santo Evangelio, mediten y retengan las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que es el Verbo del Padre, y las palabras del Espíritu Santo, que son espíritu y vida” (Regla TOR, 11).

La vida contemplativa femenina TOR ante una encrucijada histórica

Durante la primera semana de mayo visité algunos monasterios de nuestras hermanas contemplativas TOR de España: el Monasterio de *Porta Coeli* en el Zarzoso, el Monasterio de la Madre de Dios en Salamanca y el Monasterio del Espíritu Santo en Fuensalida. En este último también me reuní con dos hermanas del Monasterio de San Antonio de Padua, de



Toledo. Cada una de las comunidades tiene sus características propias y enfrentan realidades distintas, aunque también hay algunos factores comunes que están afectando a la mayor parte de los Monasterios de las dos Federaciones de Monjas TOR en España, de la Federación de Italia y, en menor grado, de la de México. Me refiero principalmente al exiguo número de nuevas vocaciones locales, con el consecuente promedio elevado de edad de las hermanas y su reducido número por monasterio.

Todo ello ha llevado a la supresión y a la afiliación de algunos monasterios históricos, medidas que, sin embargo, no se han traducido en soluciones duraderas. La incorporación de hermanas de otros países en algunos monasterios de Europa ha significado una inyección de nueva vida, aunque no han faltado experiencias dolorosas y, en algunos casos, las diferencias culturales han sido un serio obstáculo para la plena integración fraterna y espiritual.

Ante este fenómeno de drástica reducción de la vertiente femenina contemplativa de nuestra Orden en Europa, hemos de preguntarnos cómo interpretar estos signos de los tiempos y qué nos puede estar diciendo el Espíritu del Señor. Los múltiples y profundos cambios demográficos y culturales tiene ciertamente un gran impacto en la promoción vocacional y en la formación para la vida consagrada en general, incluyendo la vida contemplativa. Al mismo tiempo, las tres federaciones (Italia, España y México) están dialogando para renovar sus Constituciones y presentar un proyecto común a la Santa Sede. Aunque este proceso puede ser arduo y prolongado, también será una oportunidad para reflexionar juntas y buscar formas más eficaces de renovar sus monasterios y poder responder a los nuevos escenarios en fidelidad creativa al valioso carisma que el Espíritu les ha confiado.

El Espíritu cierra algunas puertas pero abre otras

El Libro de los Hechos de los Apóstoles, que recorremos cada año durante el tiempo pascual, muestra claramente la acción del Espíritu Santo guiando y fortaleciendo a la Iglesia. Sin embargo, es interesante constatar que dicho Libro también hace referencia a situaciones en las que el Espíritu cierra algunas puertas, por así decirlo, a los apóstoles. Por ejemplo, impide a Pablo y Timoteo ir “a predicar la Palabra en Asia” y “dirigirse a Bitinia” (Hch 16,6-7). De este modo, se dirigen a otros lugares y estando en Tróade, Pablo tiene una visión nocturna que lo dirige a Macedonia para anunciar ahí el Evangelio (cf. Hch 16, 9-10).

Dejarse guiar por el Espíritu Santo requiere estar atento a los indicios que el Señor nos va mostrando en nuestro caminar de fe para discernir su voluntad, que a veces contrasta con la nuestra. Ello puede significar no cruzar algunas puertas que habíamos considerado convenientes y, más bien, emprender otros caminos, abrir otras puertas a la misión. En este sentido, deseo repetir un llamado a renovar nuestro espíritu misionero en la Orden.

Pienso en algunos lugares en los que la presencia de la Orden es relativamente joven y necesita consolidarse y seguir creciendo, como en Suecia, Bangladesh y Filipinas. En otros lugares, a pesar de un tiempo considerable, nuestra presencia no ha terminado de cuajar por diversos motivos y, en algunos aspectos, se ha debilitado progresivamente. Ciertamente hay lugares en los que hay un crecimiento más o menos constante en número de frailes y en apostolados, y la presencia se ha ido expandiendo en otros países para apoyar la misión de la Iglesia.

Por otra parte, las provincias de Occidente han visto una reducción paulatina del número de frailes, conventos y apostolados. Como ya señalé antes, en estos ámbitos se están dando pasos hacia una mayor colaboración y coordinación, en un camino de discernimiento común, de



sinodalidad, que busca escrudinarse los signos de los tiempos para dejarse guiar por el Espíritu Santo, que muchas veces nos invita a caminar por caminos insospechados para colaborar eficazmente con la obra de salvación en las circunstancias que nos ha tocado vivir.

En este sentido, la Provincia española ha empezado una experiencia prometedora en Ecuador, mientras que otros institutos franciscanos, generalmente discretos de tamaño, se han acercado a nosotros buscando un camino de conocimiento mutuo y colaboración que podría conducir a una integración formal. El continuo crecimiento de la Iglesia en África y en Asia, además de los desafíos en otros continentes, son una real invitación a un empeño misionero redoblado que en el pasado ha enriquecido no sólo a la Iglesia, sino también a las provincias misioneras.

Ven, Espíritu Santo, ven!

Por todo lo anterior, los invito a acompañarnos unos a otros mediante la oración constante y confiada al Señor de la historia, pidiendo que el Espíritu Santo nos ilumine y anime para que seamos capaces de emprender los caminos que nos vaya indicando, mediante un atento discernimiento en fidelidad creativa al Evangelio. La fiesta de Pentecostés nos recuerda que no estamos solos en la misión que Cristo encomendó a la Iglesia, sino que él mismo hace de nosotros templos vivos del Espíritu para darnos el fuego y el valor que necesitamos para cumplir dicha misión como discípulos y como comunidad de fe.


En este sentido, podemos ver claramente como el Espíritu también guía a su Iglesia en estos tiempos difíciles a través del ministerio del Papa León XIV, mensajero de paz, comunión y esperanza no sólo para los católicos, sino para todo el mundo. Habiéndose cumplido un año de su elección el pasado 8 de mayo, quisiera citar algunos pasajes significativos de su reciente discurso en la Universidad “La Sapienza” de Roma:

Lo que está ocurriendo en Ucrania, en Gaza y en los territorios palestinos, en el Líbano y en Irán describe la inhumana evolución de la relación entre la guerra y las nuevas tecnologías en una espiral de aniquilación. El estudio, la investigación y las inversiones vayan en la dirección opuesta: ¡que sean un «sí» radical a la vida! ¡Sí a la vida inocente, sí a la vida joven, sí a la vida de los pueblos que invocan la paz y la justicia!

[...] En este escenario, ánimo especialmente a ustedes, queridos jóvenes, a no ceder a la resignación, transformando en cambio la inquietud en profecía. Especialmente quien cree sabe que la historia no cae sin remedio en manos de la muerte, sino que siempre está custodiada, ocurra lo que ocurra, por un Dios que crea vida de la nada, que da sin tomar, que comparte sin consumir. Hoy, precisamente la implosión de un paradigma posesivo y consumista abre el camino a lo nuevo que ya está brotando: ¡estudien, cultiven, custodien la justicia! Junto a mí y a tantos hermanos y hermanas, sean artesanos de la paz verdadera: una paz desarmada y desarmante, humilde y perseverante, trabajando por la concordia entre los pueblos y la custodia de la Tierra³.

Queridos hermanos y hermanas, en esta fiesta de Pentecostés y cada día, no nos cansemos de orar con fe: **“¡Ven, Espíritu Santo, ven!”**




Fr. Amado Trujillo Cano, TOR
Ministro general

³ *Discurso del Santo Padre León XIV*, Visita Pastoral A La Universidad “Sapienza” De Roma, Encuentro con profesores y estudiantes, Aula Magna de la Universidad “La Sapienza”, Jueves, 14 de mayo de 2026.